

de tal manera se humille que por nuestra salvación se esconda *sub modica panis formula*, exclamaremos con San Francisco de Asís.

Y con ser este Sacramento el más «estupendo milagro de todos los milagros» al decir de la Iglesia, muéstrase en la más suprema sencillez y notoria humildad. En la Eucaristía vive Jesús, como en sagrado y divino misterio, en donde oculta su divina persona su hermosura de resplandeciente claridad y la virtud admirable con que obra las divinas maravillas, para de este modo instruirnos en nuestro modo de obrar humildemente. Esconde el divino Maestro su grandeza, su hermosura y su poder, con lo que nos enseña a destruir en nosotros la soberbia y a edificar la humildad en nuestras almas. Esconde sus sentidos y con ellos sus ojos que por la *desordenada curiosidad* engendran el primer grado de soberbia al mirar curiosamente en derredor de sí. Esconde el Rey divino su lengua con lo que destruye la ligereza en las palabras, reflejo claro de la irreflexión de la mente (*levitas mentis*), que causa en el hombre la soberbia en las palabras, segundo grado de soberbia. ¿Y qué diremos de la *vana alegría*, manifestación evidente de la disipación del espíritu, (*inepta lætitia*) ¡Qué bien quedan escondidas las palabras en propia alabanza detrás de los velos de pan y vino y con ellas la *jactancia*, cuarto grado de soberbia! ¿Cómo no aprenderán los hombres a esconder toda apariencia de virtud y a destruir, por ende, toda *singularidad* que es el quinto modo de manifestarse e vicio engendradora de todos los demás. ¿Y qué no podríamos decir de la *arrogancia*, en presencia de la forma consagrada, pedacillo de pan, al parecer, en donde vive Cristo con todo su poder, virtud y gloria? ¿Y de la *presunción* por la que los hombres se consideran capaces de las cosas más árdidas? En presencia de Jesús Sacramentado. ¿quién se atreverá a presumir de sí mismo? ¿Y quién, al ver a Cristo Sacramentado por su amor llegará en su locura a defender sus propios pecados cayendo en esta horrible manifestación de la soberbia? ¿Pero no es bastante mirar la esencial impecabilidad revestida del hábito de pecador y de accidentes de seres inanimados: del pan y del vino, que menos son que pecadores, para movernos a destruir en nosotros la *simulada confesión* de nuestras faltas, porque nos resistimos